

# “Un cante de Camarón”.

## José Heredia Moreno

### Un cante de Camarón

*La suerte y la inteligencia  
Se pelearon un día  
Y la suerte le decía:  
Te voy a tratar sin conciencia  
Ya te enterarás algún día*

Esta letra la cantaba Camarón por tientos y puede leerse como una manifestación del fatalismo condensado y refinado durante 500 años de persecuciones. Desconozco su autor, no sé si llegó a grabarse alguna vez e ignoro qué estima le tendría Camarón, aunque quiero creer que mucha.

Déjenme adentrarme un poco en mi interpretación de esta letra:

La suerte es el sino, el fatum, el destino; pero también es el azar, la casualidad, la coincidencia, las probabilidades; y también es las tendencias, las direcciones, las orientaciones más o menos generales que nos condicionan y a veces hasta nos determinan.

La inteligencia es, por el contrario, la capacidad del individuo de enfrentarse a todo eso que significa la suerte para vencerla, aunque sólo sea parcial y tímidamente; es la voluntad de superar los condicionantes y determinantes para construirse un destino a la propia medida. Es mucho abstraer, pero, aunque sólo sea en parte, la cultura es la inteligencia colectiva: en cierto modo la cultura es nuestra capacidad para, a partir de lo que nos viene dado, construir algo que nos parezca mejor. En este sentido, el origen de la cultura es este paso de “lo que es” a “lo que debe ser”, y si estamos de acuerdo con esta afirmación general, la cultura es, además de otras muchas cosas, un movimiento ético.

Siguiendo con la letra, la suerte le dice a la inteligencia que la va a tratar sin conciencia, es decir, sin compasión, sin clemencia, pero no con la frialdad burocrática, legal; sin conciencia aquí no es friamente, es a ciegas, furibundamente, sin tener en cuenta las posibles consecuencias. Y además, de este maltrato sin miramientos la inteligencia se “enterará algún día”, es decir, sin aviso, de pronto, cuando menos te lo esperas, a traición.

En resumen: El destino, el azar y las probabilidades te atacan ciegamente, sin compasión y a traición, por más artes, previsiones y cálculos que le echas para sustraerte de lo que lo te viene encima.

Permítanme cometer el abuso de aplicar esta letra a los gitanos para mostrar las cicatrices que la historia ha dejado marcadas en nuestra conciencia. Los gitanos sólo podemos esperar que la suerte sea mala suerte.

No resultará esta interpretación una sorpresa. El gitano se mira en los ojos del maestro, en los ojos del tendero, del médico, del vigilante jurado, del policía, del fiscal, del periodista, del funcionario de prisiones, el gitano se ve en los ojos del juez y se sabe condenado, carne de presidio. El gitano sufre procesos kafkianos por doquier, absurdos absolutos de injusticia y sinrazón, y sabiendo cómo está el percal alguno se podría extrañar de que en realidad tan pocos se conviertan en profecías que se cumplen a sí mismas. Pero quien conozca un poco no podrá

extrañarse porque entre tanto miedo y terror los gitanos no han abandonado la esperanza, y han afinado una herencia de valor, de determinación por sacar a los niños adelante ante cualquier circunstancia. Es decir, frente al ataque inclemente de la suerte, los gitanos no han dejado de emplear su inteligencia individual y colectiva (igual que todo el mundo, pero a su modo) guiados por la esperanza. Y en el movimiento de la inteligencia, la esperanza es crucial porque sin esperanza, la inteligencia en el sentido de Camarón no puede ponerse en marcha. Si la suerte nos es desfavorable, la razón no nos puede dar motivos para ser optimistas: Antonio Carmona dice que “se puede ser gitano, pero lo que no se puede ser es gitano y tonto al mismo tiempo”: no podemos ser ingenuos, las cosas nunca han estado bien si miramos la historia, el presente no está bien si miramos las noticias y las estadísticas, y el futuro no pinta bien con la crisis, una Europa en retroceso, los nacionalismos xenófobos instalándose en el poder y el racismo popular recobrando bríos. Si la razón nos lo pinta todo negro podemos caer en la tentación de pensar que cualquier acción será vana, cualquier intento de la inteligencia por sobreponerse a la suerte será inútil. A no ser que tengamos esperanza.

Y ahora se hace pertinente la siguiente pregunta: ¿en las circunstancias actuales cómo podemos los gitanos activar la esperanza? ¿Cómo podemos utilizar nuestra inteligencia para sacar a los niños adelante? ¿Cómo podemos, hoy en este país y en Europa, curar estas cicatrices históricas grabadas en nuestra conciencia? Estas son preguntas que pueden tener muchas respuestas, pero todas las respuestas, vengan desde una salida individual o desde una acción común, son respuestas políticas. Precisamente es esta una especificidad de la identidad inferiorizada socialmente: no es sólo un problema social en el sentido de asistencial-educativo-legal-laboral..., es un problema que cuestiona el ordenamiento del mundo y de las personas en él con sus diferencias de poder y libertad. La cuestión gitana es, claramente, además de un problema social, un problema político que requiere un discurso político y una acción política. Y yo voy a aventurar un esbozo de respuesta política. Intento hacerlo con humildad, consciente de que se trata sólo de una elucubración mía, disuelta en un mar de elucubraciones más rigurosas y competentes, y consciente de que el impacto de esta elucubración en la realidad social de la que forma parte es tan mínimo que podemos decir que es ninguno. Pero aventuro una respuesta política porque me guía la esperanza.

Hoy día, una propuesta política legítima sólo puede venir desde la democracia. Y desde la democracia quiere decir que la propuesta ha de elaborarse siguiendo criterios de participación política de los ciudadanos gitanos que podamos esgrimir como democráticos. Y en un proceso tal yo diría que, coherentes con esta forma de legitimación, esos procesos deberían dar como resultado una propuesta de convivencia política que ahonde en el ideal democrático a través de su práctica. Pero esta democracia en la que vivimos ya nos reconoce la ciudadanía. Si ya somos ciudadanos ¿Cuál es problema entonces? ¿En qué consiste la llamada cuestión gitana?

Para esta pregunta hay respuestas muy diferentes, pero hay mucha gente que diría que el problema estriba en un conflicto entre ciudadanía y diversidad. Para unos la cultura puede ser un obstáculo para la democracia. Para otros las libertades pueden significar la muerte de la identidad diferente. Este texto tratará de rebatir ambos argumentos. La yuxtaposición de ciudadanía y diversidad puede

indicar un conflicto entre ambas que, en mi opinión, y desde la perspectiva que yo tengo de los gitanos en España, ha sido magnificado hasta el punto que podemos decir que es un invento.

Desde un polo político se ha fomentado la oposición entre ciudadanía e identidad en la medida en que un nuevo racismo de corte culturalista y discurso pretendidamente demócrata ha convertido el ideal de ciudadanía en un pretexto para la homogeneización social en un estado, como están haciendo Sarkozy en Francia, Berlusconi en Italia o los conservadores en Holanda. La perversión del ideal de ciudadanía de Sarkozy, Berlusconi y demás neoracistas, ha postulado una identidad caracterizada por una sola cultura (entendida como homogénea, unívoca y excluyente) como condición para el desarrollo de la democracia. Es el sentido de los exámenes de ciudadanía a los inmigrantes o la inclusión de las referencias al cristianismo en la Constitución europea o la prohibición de ir a la escuela a niñas que llevan un pañuelo en la cabeza. Para ser ciudadano hay que comportarse como un nativo, o parecer un nativo, aunque de hecho hay que ser nativo.

¿Cómo se gesta esta oposición entre ciudadanía y diversidad? A partir de la asunción generalizada de que la diversidad, o la alteridad supone la negación de la democracia. Una idea con abogados y procuradores tan influyentes como Giovanni Sartori.

Para Sartori, como para Sarkozy o Berlusconi, el funcionamiento de la democracia exige que todos los ciudadanos tengan culturas compatibles con la democracia y una homogeneidad cultural que permita un suelo mínimo de convivencia. Según su argumentación, el estado democrático está en peligro por la presencia de gente que es culturalmente incapaz de asimilar y practicar su ciudadanía: se ve la ciudadanía como un club privativo con derecho de admisión, un fin de la historia particular, la aldea de Asterix acabada e imperfectible. Este esquema debería ser preocupante para los mismos payos, pues, con una noción tan vaga ¿quién puede estar seguro de que el peligro que ahora presentan las culturas diferentes en el futuro no pueda ser desplazado a las ideologías diferentes, por ejemplo, caso del que tenemos ya mucha experiencia histórica? Pero la cuestión es que Sartori no llega nunca a plantearse y despejar la pregunta clave ¿Por qué la diversidad ha de poner la ciudadanía en entredicho? Lo que flota en todo su argumento sin ser explicitado es la sensación desagradable, el escrúpulo, la aprensión que siente por la presencia de otras identidades y culturas en el cuerpo social. El fondo es lo mismo de siempre: lo diferente ofende, lo no familiar produce rechazo. Traducido a nuestro tema, que los gitanos accedan a la misma ciudadanía que los payos es como ensuciar la propia casa. El gitano produce aversión, repulsión y hasta “asco”, y está bien que haya quien de “asco social” porque si no, no tendríamos un contraste que nos mostrara lo aseaditos y perfumados que somos nosotros. Y así se descubre el racismo popular que origina los argumentos de Sartori, porque es incapaz de aplicar a los gitanos los criterios de análisis que se aplica a si mismo, porque si no ese contraste podría tambalearse. Así, se está dispuestos a aceptar lo diferente, lo estrambótico, lo gravemente antidemocrático, lo anacrónico y lo opresor si surge del propio país, de la propia comunidad, de la propia tribu, y por eso Berlusconi puede que se libere de una acusación de prostitución de menores, pero a los gitanos y magrebíes hay que echarlos del país entre otras cosas, dicen, porque son machistas. El machismo de Berlusconi se considera el resto de una época pasada que la modernidad va barriendo con el paso de generaciones más demócratas; esto es un prejuicio, claro,

pero además es un prejuicio racista, porque no se está dispuesto a aplicar los mismos criterios de inteligibilidad histórica y cultural a gitanos o magrebíes. Y a la inversa también funciona: el racista moderno concibe al gitano en función de su cultura, pero desde una noción de cultura que no estaría dispuesto a aplicar a su propia cultura.

Podemos ilustrar esto un poco siguiendo con el tema del machismo, que yo creo central, de largo el más importante. Quizás no todos entre ustedes estarán de acuerdo, pero la cultura tradicional gitana es tan machista como la cultura tradicional española o italiana. No más. Españoles son los refranes al estilo de “la mujer en casa con la pata quebrada” que asimilan a la mujer a un animal doméstico. Era uso de la policía o la guardia civil, hasta hace no más de diez o quince años, negarse a intervenir en un caso de violencia contra una mujer porque “si la pareja no se lleva bien la benemérita no puede arreglarlo”. Después, los casos de mujeres asesinadas por sus parejas eran clasificados como “crímenes pasionales”. Y mucho de eso sigue vivo, pero es tenido como los restos de una cultura tradicional en desaparición, o por lo menos en retroceso, y ya no es la auténtica cultura paya. Ahora cuando se habla de cultura española hablamos de las artes, de las ciencias, de la tecnología, de la transición y la democracia, de la incorporación de la mujer, del matrimonio homosexual y la “relajación de costumbres y modos de vida”... del cambio cultural. En cambio, cuando se habla de cultura gitana se entiende una cultura tradicional compuesta por una serie de dogmas tradicionales, ritos atávicos y reglas estrictas que pautan indefectiblemente la vida de los gitanos sin remisión. Así, el machismo tradicional gitano es tenido como consustancial a la cultura gitana y ésta al “ser gitano”; y se argumenta como una cuestión ontológica, un asunto de identidad: si se es gitano se es machista, y si no se es machista ya no se es tan gitano. Se considera, pues, que los gitanos no tienen cultura en el sentido de la cultura española; en ellos no hay creación, no hay desarrollo, no hay cambio ni evolución cultural; permanecen en un estado ahistórico, reducidos a su mismidad, condenados a reproducir acríticamente lo que les es legado, sin voluntad para plantearse y replantearse su existencia, sin capacidad para utilizar su inteligencia y los escasos poderes que puedan ejercer en los espacios de libertad que puedan hacerse para modificar su existencia, su cultura, en la dirección que estimen más conveniente. Con la cultura gitana, se concluye, los gitanos y las gitanas (sí, a ellas las harán culpables, más si cabe que a ellos) no podrán sacudirse el machismo ancestral, no podrán incorporarse plenamente a la democracia, no llegarán a ser plenos ciudadanos. Para ser ciudadanos tendrán que dejar de ser gitanos, y aún más, cuando lleguen a ser ciudadanos dejarán de ser gitanos.

Este argumento, con contenidos paralelos, ha sido muy utilizado también por algunos gitanos que, explícita o implícitamente, sostienen un conflicto entre cultura gitana y ciudadanía. Su versión de la cuestión gitana se podría verbalizar así: con los niños yendo a escuelas institutos y universidades payas, trabajando con payos y relacionándose más con payos que con gitanos, los gitanos terminarán “apayándose”, se casarán con payas y tendrán hijos gallipavos, y éstos tendrán hijos cuarterones y la memoria de los gitanos acabará por desaparecer. Para ellos la solución es crear una ciudadanía particular para los gitanos que, en sus versiones más ambiciosas, contempla un ámbito político propio, independiente, apartado de los payos, con escuelas, institutos y universidades y empresas y medios de comunicación y partidos políticos e incluso órganos legislativos propios

que promulguen leyes gitanas sólo para los gitanos y basadas en los inveterados valores de la cultura gitana. Bien, es una opción política, y puede ser respetable por muchas razones: la primera es que es una reflexión legítima que responde a una inquietud existencial, a un vacío espiritual y a una necesidad de sentido muy comunes entre los gitanos, grabados, como la letra de Camarón, en nuestra conciencia por la historia. Pero no podemos ser ingenuos: la tentación del refugio y el encastillamiento resulta tanto más seductora cuantos más sufrimientos y humillaciones se padecen, pero eso no hará que desaparezcan, y más bien puede lograr que se eternicen. Pero aún peor, para algunos líderes con ambición y pocas ideas este tipo de populismo es fácil de ensamblar, apela a los sentimientos más bajos de la política y rinde réditos políticos inmediatos con un bajo coste en términos de eficiencia comunicativa. Debemos ser conscientes de lo que implica la elevación del aislamiento etnicista a principio programático político: la institucionalización de una ciudadanía de segunda clase para gitanos con grandes posibilidades de ser gobernada por una oligarquía populista, con una noción dogmática y esencialista de la cultura gitana pronta a despreciar los anhelos y la libertad de los gitanos mismos.

Pero para los que honestamente temen que los gitanos desaparezcamos, no voy a eludir la cuestión, pero les invito a reflexionar desde otra óptica: Si muchos gitanos se han asimilado como payos y han dejado de llamarse gitanos es porque el coste de seguir llamándose gitanos es muy alto en una sociedad que, con más frecuencia que al contrario, ignora tus capacidades y realizaciones personales si tienes el valor de manifestarte como caló. En algunos casos, identificarse como gitano, una identidad que no se escoge libremente porque viene impuesta impuesta de nacimiento, puede resultar, en la práctica cotidiana, difícil de compatibilizar con otra identidad profesional, ideológica, de clase, de partido... Si logramos negociar una sociedad en que ser gitano no se vea enfrentado a otras identidades elegidas, el orgullo de sentirse gitano no será negociable y un ginecólogo gitano de prestigio internacional, una vez desechado el ridículo e improbable designio de ser un ginecólogo sólo para gitanas (aunque sólo sea por el juramento hipocrático, aunque sólo sea por ambición profesional, aunque sólo sea por el dinero), no se verá impelido a ocultar una parte de su identidad por temor a perder prestigio y clientela.

Un problema histórico de fondo quizás sea la incapacidad del concepto de ciudadanía para encuadrar, para ofrecer puntales referenciales sólidos y un sentido de vida designado a cada ciudadano. La democracia no garantiza una comunidad aristotélica, ordenada e inteligible, que otorgue a cada uno su papel de manera que nadie se sienta perdido en esta representación continua de la historia, y ahora se pretende resucitar la comunidad premoderna, o la nación, o la cultura inveterada, o las “elecciones significativas”, para hacer el trabajo que la ciudadanía es incapaz de hacer. Pero esto no sólo tiene graves consecuencias sobre la libertad de los individuos, es que es ya imposible resucitar la comunidad premoderna. Y aplicado a los gitanos es más que evidente. En la comunidad premoderna, los aspectos que analizamos como componentes diferenciados de una cultura viven entretejidos y mezclados con otros sin solución de continuidad, sin quedar nunca codificados como reglas y normas de estricto cumplimiento y sin ser concebidos como una tarea de cultivo de las esencias. Y esto resulta especialmente relevante porque ni mi padre ni mis abuelos ni ninguno de los antiguos que yo conozca se planteaba el ser gitano como una obligación repleta de análisis, trabajos y

esfuerzos. Es decir, el comunitarismo actual se diferencia de la comunidad premoderna, cuyo “espíritu comunitario” pretende resucitar, en que plantea la identidad, la pertenencia y la cultura como un esfuerzo constante de encontrarse a sí mismo; debe convertir el “en sí” en “para sí” con un gran esfuerzo que se inicia en un arduo trabajo de cultivo y vigilancia de las esencias por los guardianes de la cultura. Ni que decir tiene que con todo ese trabajo lo que se hace, en realidad, es construir y postular una cultura recreada, lo cual no sería negativo (pues todos recreamos culturas constantemente) si no fuera acompañado de una importante dosis de violencia, pues si la cuestión gitana consiste en la supervivencia de una cultura homogénea y unívoca, por un lado tendremos que imponerla cuando surjan divergencias, y cuando las divergencias se consideren insalvables (y en un clima de caza de brujas nacionalista toda divergencia es insalvable) habrá que eliminarlas simplemente; y por otro lado tendremos que tratar de limitar la libertad de los jóvenes, pues tendremos que cerrarles las posibilidades de re-creación de su cultura, de elección en la construcción de su futuro.

Al final, el uso del concepto cultura entendido como conjunto de normas restrictivas lleva a considerar aquellas manifestaciones que no se amoldan a la norma como desviaciones, anomalías o excepciones, con lo cual se cierra un anillo de exclusión con varias consecuencias. En primer lugar, con frecuencia se pasa del análisis factual a la determinación teleológica, es decir, se sacan conclusiones normativas a partir de premisas factuales y/o cálculos probabilísticos; no se pasa del “ser” al “deber ser”, que es el primer logro ético de la cultura, sino que el “ser” se convierte en el “deber ser”: es la anticultura y la antiética.

En segundo lugar, al centrar la atención sobre la mismidad unívoca de la comunidad en su cultura, el cambio cultural y las transferencias culturales se convierten en irrelevantes. Por lo tanto, la historia de los gitanos no se concibe plagada de fracturas y discontinuidades, es más, ni siquiera se concibe una historia gitana, más bien se concibe una ontología gitana. Un ser sin movimiento; una partícula tomista en la era del bosón de Higgs, del quantum energético, del flujo de información; ni siquiera un vector sistémico: una estructura estática.

En tercer lugar, eliminando la historia y deificando una idea esencialista de la cultura se termina por disociar la cultura de las gentes que le dan soporte. En manos de los culturalistas tanto racistas como antirracistas, la cultura gitana ya no es lo que hacen y piensan los gitanos, sino lo que deberían hacer y pensar los gitanos para seguir siendo gitanos. Centrarse en la cultura como fuente primordial, e incluso única, de sentido para el individuo aparta de la vista tantos otros condicionantes de la vida de los gitanos, cuando lo que hace falta es ser conscientes de la confluencia y colusión de todos todos ellos, porque ser gitano puede condicionar la vida, pero no determinarla sin remedio.

Por último, privilegiar la cultura o la identidad étnica como determinante de la vida de una persona por encima de todos los demás condicionantes posibles es además profundamente contradictorio, porque si los “horizontes cognitivos”, si las “elecciones significativas”, si las culturas son inconmensurables entre sí y los individuos están encerrados en ellos sin opción de comunicación, sin posibilidades de traducción, entonces la transferencia cultural, las influencias de todo tipo de una cultura a otra y las “contaminaciones culturales” son imposibles. De esta manera, por poner un ejemplo, el hecho de que una gitana pueda tener relaciones

adúlteras o prematrimoniales no podrá verse como una contaminación cultural sino como una posibilidad ya inscrita en la cultura gitana, una más de las permutaciones probables de nuestra cultura. Pero el mejor ejemplo lo tenemos en la música. Si la cultura fuera una sensibilidad incomprensible para ajenos a ella no habría payos que apreciaran a Agujetas, Terremoto o Chocolate; ni gitanos que escucharan rock, jazz o zarzuela. Camarón y Paco de Lucía jamás habrían coincidido. Los “horizontes cognitivos” inconmensurables, las “elecciones significativas” irreductibles, la cultura como restricción que obliga y no se compromete con el mundo que le rodea, al final se utiliza por los payos como justificación de la segregación y por unos pocos gitanos como argumento para el mantenimiento de una cuota de poder dentro de la comunidad, para conservar una clientela unida o para mantener a las mujeres sojuzgadas en casa.

En resumen, ante las perspectivas que acentúan el conflicto entre ciudadanía e identidad (o de la manera en que también se simplifica: entre democracia y cultura) se debe ser políticamente activos: en primer lugar porque sitúa el debate en unos términos de “lo tomas o lo dejas” que no admite réplica, no permite el diálogo y elimina la posibilidad de una negociación política. En segundo lugar porque, desde una ética inspirada en la historia de los gitanos y orientada por la esperanza hacia la acción política, constituye una perversión del ideal de la ciudadanía. Para nosotros la idea de ciudadanía es todo lo contrario: una oportunidad de convivencia entre diferentes.

La ciudadanía permite la diversidad pues respeta la vida, la hacienda, las ideas y creencias, la libertad de movimientos, facilita una educación, participar en los asuntos de tu comunidad, etc... El contenido básico de la ciudadanía, que son los derechos y las obligaciones, permiten vivir como diferente. El ideal de la ciudadanía teóricamente facilita vivir con una identidad que no es la mayoritaria. Otra cuestión, más importante que la teórica, reside en los contenidos ejercibles de esa ciudadanía en la práctica cotidiana para según qué categorías de personas. Es evidente que mujeres, gitanos o inmigrantes, como grupos abstractos, se encuentran en peores condiciones de ejercer la ciudadanía que hombres, payos y nacionales, pero eso no invalida el principio de ciudadanía sino que lo marca como camino que tendremos que hacer al andar, define un deseo por un proceso histórico hacia una ciudadanía coherente con sus principios, dibuja la aspiración por una democracia mejor. Y es que la lucha de obreros, mujeres, ideologías, religiones, pueblos y etnias minoritarias, etc... no ha solucionado sus problemas, pero ha refinado la sensibilidad de la democracia formal por ellos y en algunos casos ha producido grandes progresos en la práctica democrática. Políticamente, hoy, para los gitanos es inviable cualquier propuesta que no consista en una profundización de la democracia que remueva los obstáculos que les dificultan el ejercicio de los derechos, obligaciones, prerrogativas y facultades que constituyen la ciudadanía, en pie de igualdad con los demás ciudadanos.

No quisiera negar que la diversidad pueda crear cierto tipo de conflictos llamados culturales, o conflictos entre personas por razón de sus culturas, pero este tipo de conflictos, en puridad, son muy escasos y normalmente se comprenden y se resuelven mejor si los llamamos problemas de tolerancia, de comprensión, de comunicación, de diálogo o de traducción entre personas, o incluso a veces de verdadera incapacidad (de una, de otra o de ambas partes) para convivir con lo diferente.

Quien habla de conflictos culturales por lo general se refiere, en realidad, a

ciertos argumentos, siempre los mismos y siempre igual de ridículos desde la experiencia empírica, que se sostienen sin pudor, tan extendidos están que no temen verse contrariados, con igual vehemencia en el el trabajo, en el bar, en casa o en el mercado. Así, en el día a día uno puede escuchar en cualquier sitio que los dominicanos no pueden convivir en España porque su cultura les lleva a poner música a todo volumen hasta las 3 de la mañana; o que el autoritarismo, el familismo, el machismo y la pereza de los musulmanes les incapacita para vivir en democracia. Pero no escuchamos que la existencia del empresario explotador o del especulador financiero o del maltratador o del político corrupto implica que los españoles están culturalmente incapacitados para convivir en democracia. De hecho, cabría preguntarse, y no seríamos los primeros, si el capitalismo de las grandes corporaciones actual es compatible con la democracia, o si el nacionalismo tradicionalista español, en el mismo sentido perverso que se utiliza para gitanos, es compatible con la democracia. Pero esas no son las preguntas que se nos plantean. Por eso digo que en la experiencia cotidiana gitana, el conflicto cultural, o no es relevante o es falso por etnocéntrico. Los conflictos culturales la mayoría de las veces son más conflictos de clase, malentendidos lingüísticos, conflictos intergeneracionales, disputas vecinales, actos de alterofobia y otros tipos de conflictos que no son estrictamente culturales, pero que encuentran en la diferencia cultural el chivo expiatorio intelectual que va a servir para explicarse el conflicto y prescribir una solución. La matización se hace sangrante cuando comprobamos que, por lo general, los agresores racistas suelen explicar sus desmanes en términos de conflicto cultural.

Pero al mismo tiempo sí hay un conflicto cultural esencial: la cultura tradicional paya (su ordenamiento de las gentes del mundo, sus acepciones grupales, su semántica de la otredad) es profundamente antigitana, y la cultura tradicional gitana ha reaccionado con una profunda desconfianza hacia los payos. El conflicto existe pues, pero no es un conflicto entre cultura gitana y democracia, sino la vieja historia de persecución, que en realidad no ha terminado y que una vez más se legitima culpando a los gitanos de su situación.

La cuestión gitana no es de conflicto entre identidad y ciudadanía, sino de negación de la ciudadanía a quienes mantienen una identidad (no una cultura) diferente a la mayoritaria. El problema, como siempre es de una historia de discriminación tal que la palabra discriminación, como la de prejuicio, segregación, y otras a las que estamos acostumbrados, se quedan cortas. El problema es que la palabra gitano misma está maldita incluso para algunos de nuestros benefactores, y esto vale incluso para parte de la ciencia y de los servicios sociales, para quienes lo gitano con frecuencia sólo se utiliza para designar lo problemático. La profecía que se cumple a sí misma. Y la profecía que se cumple a sí misma es un asunto de identidad, que demuestra que nuestra identidad es, al menos en parte, la imagen que vemos de nosotros en los ojos de los otros.

Frente a toda esta destrucción debemos proclamar que la cultura no es un dogma y menos hablando de su compatibilidad con la democracia ¿acaso es la cultura tradicional española, el nacionalismo español rampante, de firme raigambre democrática? La cultura es una práctica que los individuos ejecutan en el momento y que en el momento resulta tanto una reproducción de lo existente como una creación nueva. Los hijos no reproducen lo vivido con los padres sin traducirlo a su propia experiencia, sin darle un sentido y una orientación propia, aunque sea mínima. La supervivencia de la cultura no se cifra en su

inmutabilidad, sino en su capacidad de mutar por la acción de las personas que, sobre la base de lo legado, se crean y se re-crean a sí mismas, otorgando contenidos culturales renovados a su identidad.

Así sucede en todas las culturas, pero mucho más ahora que gran parte de los componentes de las culturas tradicionales han perdido los referentes funcionales y materiales que las alumbraron. Mucho más ahora en esta modernidad líquida en la que los hijos son hijos de su tiempo más que de sus padres, en que telecinco con frecuencia constituye un agente de socialización más poderoso que las abuelas porque las mismas abuelas están siendo socializadas por telecinco. Ahora que las identidades son múltiples y solapadas, a veces apoyándose unas y otras y a veces contradiciéndose abiertamente, y lo que es más importante, cada vez encontramos la identidad más desligada de la cultura tradicional, y cada vez más gitanos se siguen identificando como gitanos conservando cada vez menos referentes culturales, o manteniéndolos de una forma conmemorativa ¿qué espacio queda para una cultura entendida como una serie de restricciones e imposiciones? Por eso la clave de la supervivencia de una cultura se encuentra en su capacidad de renovarse, de aceptar y asumir y hasta fomentar la autocrítica. Si la cultura es re-creada, re-inventada en cada generación entonces no hay lugar para una cultura detenida, inmóvil, y los defensores de la tradición están en su derecho de pensar que son guardianes de las esencias, pero su tradición es su recreación y reinención de la tradición, y cada uno tendrá derecho a hacer las suyas.

Porque lo que es seguro que va a pasar en el futuro es el cambio. El cambio no es que sea posible, es que es seguro, la cuestión es hacia donde se dirige ese cambio. Ahí es donde podemos aplicar nuestra inteligencia para tratar de orientar ese cambio y no dejarnos arrastrar por él. El cambio cultural en los gitanos de hoy puede (y desde mi perspectiva diría que debe) aspirar a ser cada vez más democrático. Debemos incorporar y actualizar usos democráticos que no son del todo ajenos a algunas de nuestras tradiciones, debemos hacernos más democráticos en nuestro funcionamiento comunitario y desde esa posición de legitimidad contribuir a construir una democracia mejor compuesta por ciudadanos mejores, que sea capaz de embarcar a todo el mundo que se deje embarcar por una España y una Europa que no sea tan etnocéntrica, que resista los embates del racismo, el machismo y todos esos ismos que fastidian la vida de tantas personas.

Así que debemos salirnos del contexto estricto de lo gitano y darnos cuenta de que nuestros problemas de definición y participación política no son exclusivamente nuestros, y que, de hecho jamás podremos resolver los nuestros si no se resuelven también los suyos, porque lo que necesitamos todos a la par es una ciudadanía más profunda, o mejor dicho, unos ciudadanos más poderosos. Estamos ligados a los payos más de lo que ellos están ligados a nosotros, los conocemos mejor que ellos a nosotros aunque sólo sea porque nos corre la vida en ello, y nuestra misma imagen es en parte un reflejo de cómo ellos nos ven. La inteligencia de los gitanos en el sentido de Camarón, a pesar de que la suerte nos siga siendo desfavorable, hoy tiene alguna oportunidad de enfrentarse a la suerte con éxito, y esa oportunidad depende, una vez más en la historia, de cómo les entremos a los payos, de cómo los citemos “con la muleta plana y la *pata'alante*”, por derecho, de buena ley, admirando aquellas notas que sean admirables de ellos, dándole voz, no tratando de imponerse por certero y justo que sea nuestro planteamiento, admitiendo que nos podemos equivocar y haciendo constar leal y

educadamente aquellos aspectos en que ellos pueden equivocarse. Ofrecer soluciones a los “impasse” que puedan producirse, creativamente, y jamás colgar el teléfono dejando al interlocutor con la palabra en la boca, en una negociación interminable por una convivencia que podamos llamar acordada. Claro que eso requiere, por un lado, unos payos dispuestos a embarcarse en esa negociación; por otro lado, unos gitanos con un discurso desarrollado sobre su modelo de ciudadanía; y por último, hace falta una correlación de fuerzas lo suficientemente equilibrada para que la negociación no se convierta en una imposición encubierta. Nos conviene elaborar un discurso sobre la ciudadanía, pero este es un asunto muy delicado lleno de trampas y dobles filos porque, volviendo al argumento anterior, si lo que queremos es ciudadanía, desde 1978 la tenemos con la Constitución. ¿Qué más queremos? ¿Respeto? ¿Un poquito de consideración? La objeción es seria, pues la siguiente respuesta suele ser que el respeto se lo gana uno. Esta es una noción no sólo falsa sino peligrosa, porque induce a la idea de que la ciudadanía no se tiene como un derecho universal, sino como un privilegio que hay que ganarse. Pero es una noción que en la vida cotidiana no se sostiene porque para ejercer como ciudadano uno tiene que ser tratado como tal. Si el sistema penal te machaca y te encarcela en una proporción desmesurada. Si el sistema educativo tiende a centrifugarte si no se le mantiene bajo control y vigilancia. Si el sistema económico, incluido el mercado de trabajo, no te deja más

*32 Jornadas de Enseñantes con Gitanos Página 60*

que “nichos”, es decir, sobras. Si allá donde vuelves los oídos escuchas tu nombre asociado a violencia y depravación. Si parte de tu existencia cotidiana es lidiar con la sensación de que no eres bienvenido. ¿Cómo se puede ejercer la ciudadanía? Siendo gitano ¿Con qué fuerza vas al médico a reclamar tu derecho a la sanidad? ¿Con qué autoridad vas a la escuela a exigir un trato igual para tus hijos? ¿Con qué argumentos impido que la policía irrumpa en mi chabola de madrugada, fotografíe e identifique a toda mi familia, registre y desordene todas mis pertenencias y me dé una bofetada si pido un número de placa? La ciudadanía no funciona como una propiedad del individuo ni en el sentido de característica ni en el sentido de posesión; es un concepto relacional y se refiere a la maraña de poderes de todo tipo que uno ejerce o a los que uno se somete en relación con el Estado y con los demás ciudadanos.

Así que por ahí va la lucha hoy: debemos ser capaces de ejercer todo los poderes que estén a nuestro alcance como ciudadanos. Pero esto ¿no significa simplemente ser iguales ante la ley?

El principio de igualdad ante la ley llevado a dogma de la lucha antirracista es muy problemático porque moldea una especie de funcionalismo que proclama otro principio muy sencillo y difícil de refutar: el “color blindness”, o la “ceguera ante el color”. El ideal de ser juzgado por la capacidad individual y no por el color de la piel, como ideal es ideal, pero es impracticable en la realidad cotidiana y es muy perjudicial para los gitanos, porque con demasiada frecuencia termina por valorar la capacidad del individuo en función de sus realizaciones en cuanto a dinero, poder y status, cerrando una tautología que sólo se puede solucionar acudiendo a la incapacidad congénita de los pobres para salir de su pobreza. No pretendo excusar el comportamiento de muchos gitanos o absolvernos de toda responsabilidad personal, pero algunos de estos funcionalistas se centran en que los gitanos modifiquen sus comportamientos y asuman la responsabilidad de su porvenir de una manera que ignora las realidades históricas que han producido las

penalidades actuales, y sin tener en cuenta estas circunstancias se termina culpando a los gitanos de su situación. Hay que encontrar un punto medio aristotélico entre el determinismo ambiental que explica la opresión pero fomenta el victimismo, y el funcionalismo que acentúa la responsabilidad individual pero legitima la opresión por la incapacidad de los oprimidos.

La ciudadanía formal, estrictamente legal, “ciega al color”, no es suficiente. Los gitanos, con nuestra mera existencia, sacamos a la luz las limitaciones de esta democracia mostrando cómo la mera declaración de derechos no nos hace a todos ciudadanos iguales en su ejercicio. Mostramos cómo la altura de una democracia no está en su pulcritud formal sino en su fibra moral, y cómo la democracia debería estar demostrándola constantemente, y no sólo con una proclama constitucional. Si esto significa concebir la democracia asociada a consideraciones de justicia sustantiva, habrá que reconocer que no hay concepto de democracia, por muy procedimental que sea, que no lleve aparejado, por acción u omisión, su propia consideración de justicia sustantiva.

Tenemos que centrarnos, por tanto, en cómo abordar una acción política de profundización democrática. Por ponerlo un tanto irónicamente, lo nuestro es luchar por una democracia lo bastante buena como para que nos llegue a nosotros también. Y si lo piensan bien, es una oportunidad para la misma democracia, pues qué mejor democracia que aquella en la que los gitanos se sientan a gusto. Pero es que además a los gitanos, me parece, nos vendría estupendamente una inyección de potente espíritu democrático, por varias razones. La participación política hace que la persona se interese por la res pública porque contribuye a dirigirla; educa en la responsabilidad de las acciones presentes respecto de sus consecuencias futuras; fomenta un amor sano y crítico con la comunidad. El ejercicio de la ciudadanía, si se sustenta sobre prácticas cotidianas con sentido para el que las practica, es una fuente de poder legítimo, un motivo de orgullo y autoestima, un potentísimo inoculador de esperanza y un arma imparable de cambio social. El espíritu democrático es una especie de culto al que las personas se apegan cumpliendo con sus prácticas, y las prácticas de la democracia son aquellas de la participación política: el debate, la negociación y el voto. Pero estas prácticas sólo empiezan a observarse si en los ámbitos en que se mueven los gitanos, en los barrios, los pueblos, las iglesias, los mercadillos, etc, hay un movimiento de convergencia en un foro, en un ágora, y se plantean problemas comunes y se negocian y acuerdan intentos de solución que comprometen a los miembros de ese cuerpo político. Y las voces que salen de los ámbitos de convivencia más pedestre han de fijar sus propios fines y medios y ponerse en contacto y negociar con otros ámbitos igualmente pedestres pero igualmente democráticos para tratar de atacar los problemas que sólo encuentran solución en ámbitos más generales que el pedestre, pero el pedestre debe ser el inicio de todo. No me voy a extender mucho sobre las particularidades de la participación política en el ámbito local porque parecen un poco obvias. Lo que no es nada obvio es cómo se pone eso en marcha.

Desde qué instancias se puede llevar a cabo un movimiento tal.

¿Está el movimiento asociativo preparado? La variedad de voluntades, competencias y realizaciones es tan enorme que es injusto generalizar y sin duda hay asociaciones y organizaciones y parroquias que podrían ser capaces en su ámbito, pero cunde la sensación de que el movimiento, como tal, en general y con muchas y valiosísimas excepciones, está, como he expresado en algún otro lugar,

amodorrado y silente.

La cuestión asociativa es, por supuesto, tremendamente compleja, pero quizás su complejidad nos impida vernos cara a cara, críticamente, en relación a ciertos principios del asociacionismo y su función primera, que es asociar a los individuos. La deriva histórica del asociacionismo gitano no ha sido muy diferente de la de muchos otros movimientos sociales en España y fuera de España. A la conocida tendencia de las organizaciones a la oligarquía se han sumado, por un lado, las consecuencias insidiosas de la burocratización al convertirse las asociaciones en gestoras de programas sociales; y por otro lado, la casi inevitable interferencia política y los intereses inconfesables, que han convertido a algunas asociaciones y federaciones en redes clientelares subvencionadas. Como consecuencia, parte de las asociaciones existentes no son capaces de asociar a sus bases, es decir, de movilizarlas y representarlas eficazmente, y eso las hace políticamente inoperantes para los gitanos, pues su marco de actividades no es la construcción de comunidades políticas sino la gestión de unos programas administrativos; la perspectiva que se privilegia de esta forma es la del gitano como objeto, como receptor pasivo de los servicios y facilidades que la asociación proporciona; no la del gitano como sujeto capaz de pensar, capaz de participar en los asuntos que le atañen de manera activa y capaz de modificar, dentro de las limitadas opciones que se le presenten, con el uso de su inteligencia, lo que en vida la suerte le haya deparado. En estas condiciones los gitanos encuentran difícil utilizar las asociaciones como foro de participación política.

¿El culto, la iglesia, los baha'í? La omisión de los movimientos religiosos en el discurso oficial resulta ya sangrante por ciega e irresponsable. El compromiso de la iglesia como institución con los gitanos tiene ya algunas décadas, pero la capacidad de las parroquias para constituirse en activadoras de la comunidad depende demasiado del compromiso activo de los párrocos y su capacidad de penetración en ellas: son cualidades que requieren la infrecuente combinación de la santidad y el liderazgo político. En cuanto a la Iglesia Evangélica de Filadelfia, si por lo menos la mitad de los gitanos van al culto eso quiere decir algo que nos incumbe, pero no escuchamos. En parte se les ignora porque si decidieran hacer política con todas las consecuencias el movimiento laico sería barrido de un plumazo. Su poder de convocatoria es inmenso, pero sólo potencialmente. Su capacidad de hacer política en el sentido de construir comunidad también hace palidecer a los laicos, pero su manera de practicarla, con frecuencia, no siempre, es sólo interna, no se compromete con el entorno, se cierra sobre sí misma levantando muros de protección. Su potencial creativo se queda en la construcción de una parroquia más cohesionada, incluso a veces a costa de la libertad de sus feligreses. No proyecta el genio creativo de sus feligreses hacia fuera comprometiéndose con el entorno en el que viven, embarcando a los payos en un diálogo que beneficie a todos. Parte de esta tendencia política proviene de algunos dogmas religiosos del culto, como la próxima llegada del Mesías que hará inútil y vano todo esfuerzo político presente, pero podemos preguntarnos si tal dogma, en realidad, es una traducción bíblica de la letra de Camarón. Y también debemos preguntarnos si una parte del culto no está creciendo sobre las decepciones que ha ido sembrando el movimiento laico. Harían bien los movimientos religiosos, por bien de los gitanos, en seguir el ejemplo de Martin Luther King y aprender cómo, desde la ética y la épica cristianas, se puede elaborar un mensaje civil dirigido a la totalidad de la ciudadanía, negros y blancos, creyentes y no creyentes, en busca de

un acuerdo que permita una democracia más digna, más profunda, más justa para todos.

Está el Consejo Estatal del Pueblo Gitano, cuyo diseño en principio es todo un logro para el movimiento gitano, pero ¿tiene esa relación de dependencia con la base que dice representar? La salud y la fuerza del consejo depende precisamente de esta conexión. No conozco bien el trabajo en otros grupos, algunos de los cuales, por los contenidos más técnicos de sus materias, parecen haber hecho importantes progresos, pero entristecía ver cómo el grupo en el que yo participé, el de cultura, se convertía, ante la atónita mirada de funcionarios y expertos, en un campo de batalla de las rencillas internas del movimiento gitano, convirtiéndolo en una comisión en su peor sentido: una manera de marear problemas para no tener que solucionarlos.

Las organizaciones estrictamente asistenciales tienen legitimidad administrativa, legal y hasta técnico-científica, pero no tienen legitimidad política y no pueden, por tanto, conformar un cuerpo político y articular un discurso político. La estrategia de incorporación a la ciudadanía uno a uno a través de programas sociales cada vez más sofisticados, con mayores mecanismos de control del programa y de seguimiento de la población target, puede conseguir muy buenos resultados individuo a individuo. Así se puede mantener una clientela más que estable, eterna, y al mismo tiempo ofrecer números plausibles de éxitos en los programas. Pero resultará improbable conseguir cambios significativos en las comunidades locales si no se es capaz de plantear una tarea de construcción de un cuerpo político y una negociación sobre los sistemas de poder vigentes. Por otra parte, la ciencia y los servicios sociales, o mejor dicho, las organizaciones que acogen la tarea científica y las tareas de asistencia social no son las más indicadas para la tarea política, en primer lugar, como ya hemos dicho, porque no están legitimadas para ello, esto es, no están hechas para la política porque pretenden no hacer política. Y en segundo lugar, por todo lo contrario, es decir, porque irremisiblemente hacen política: la omisión también es una decisión política con consecuencias políticas más que importantes. Despolitizar la cuestión gitana supone relegarla a un asunto técnico-jurídico-asistencial, des-historizar el problema, no asumir sus verdaderas dimensiones. Pero no quiero devaluar la tarea asistencial. No creo que ciegue (lejos de cegar, abre los ojos a la gente que trabaja en la acción social) o entorpezca la aspiración a una acción política (más bien todo lo contrario: mejorar las condiciones sociales de los gitanos favorece sus oportunidades de participación política). La acción social es necesaria, pero no suficiente. Necesita acompañamiento político en el sentido de implicación de las personas en un proyecto de construcción común de una ciudadanía aceptable para todos. De hecho, las acciones sociales hacia el *empowerment* tienen este sentido cuando tratan de favorecer un movimiento ciudadano en un barrio o en un pueblo. E históricamente muchos movimientos políticos han comenzado por parecerse más a movimientos de asistencia social de distintos tipos que se dieron cuenta de que no podían solucionar muchos problemas sin una implicación política.

¿Sería posible resucitar la efervescencia asociativa de los 70 y primeros 80?

Aquellos tiempos deberíamos estudiarlos un poco más porque fueron cruciales para la construcción de una conciencia política gitana que no ha muerto pero que apenas sobrevive, comatosa, con respiración asistida.

Nos toca a nosotros desarrollar vías que no se queden en la vía muerta de la ciudadanía legal, ni en el camino detenido culturalista, tanto de Sarkozy como de

la “izquierda multiculturalista” y “multicomunitarista”. Vías que permitan a los individuos, con su inteligencia, ejercer su libertad en todos los niveles, construyendo un cuerpo político en su mejor sentido, en desprejuiciada y constructiva relación con los payos, sin que identificarse como gitano pueda esgrimirse en su contra ni en la cola del supermercado. Este fin, claro está, es utópico pero ningún otro puede ser nuestro horizonte histórico, y tenemos muchos argumentos para defenderlo:

Por de pronto hay ya demasiados estudios que demuestran que la exclusión social tiene un coste económico (mucho más allá de los gastos sociales) inasumible y reducible precisamente mediante la acción políticosocial. Contamos además con un capital moral acumulado de 500 años de persecuciones; no debemos malgastarlo en un planteamiento nacionalista, autorreferencial que lo desvirtúa, como argumento es difícilmente compartible por quien no sea gitano y políticamente nos ha sido, nos es y nos será muy perjudicial. No debe esgrimirse como modo de culpabilización del otro, del payo, porque también lo desvirtúa y porque se nos volverá en contra. La clave para aprovechar nuestro capital moral se encuentra en otros movimientos políticos de los que no hemos aprendido mucho. Las luchas de las mujeres en todo el mundo, las de los inmigrantes, las de los desheredados, las de gays y lesbianas... nos pueden ilustrar. Mencionaré sólo a los más evidentes: Gandhi, Martin Luther King, Nelson Mandela no esgrimían en su lucha el argumento comunitarista, culturalista o nacionalista ni en forma racial ni en forma cultural. Su fin era la ciudadanía, su lucha partía de la realidad sangrante de una noción de ciudadanía que en su traslación a la vida de los desposeídos era una farsa. Su programa político no consistía en la construcción de un reducto político propio coincidente con el identitario, no era la creación de una pequeña ciudadanía para nosotros solos, sino la construcción de una ciudadanía que tenga en cuenta a todos y sea aceptable para todos. Su denuncia de la opresión era clara pero no victimista, porque también apelaba a la responsabilidad y el esfuerzo de los oprimidos. Y el principal logro de los tres es haber desactivado, siquiera tímida y parcialmente, algunos de los miedos y complejos que atenazaban las relaciones entre diferentes para permitir un espacio en el que llega a darse un diálogo, una conversación y, eventualmente, una negociación. Los detalles filosóficos son importantes pero no tanto como la necesidad de embarcar a los payos que se dejen en un diálogo que nos permita entrar en la agenda pública. Eso hicieron los negros en Estados Unidos y por supuesto que el racismo no ha acabado, pero, por mucha resistencia que Obama haya encontrado y aún encuentre, y por mucho que nos decepcionen sus políticas, allí los prejuicios se han matizado lo suficiente como para que un negro sea elegido por negros y blancos para representar a todos. A mí me gustaría que aquí, como allí en el caso de los negros, hablar despectivamente de los gitanos no saliera gratis, que los medios de comunicación se pensaran muy bien qué imagen están dando de los gitanos, que todos los niños estudiaran la historia de los gitanos en España como medio para facilitar la empatía pero también porque muestra el Mr. Hyde de la construcción nacional. La historia de opresión de los gitanos no sólo sirve para que los gitanos conozcan su pasado y los payos conozcan a los gitanos. También sirve para que los payos, a su vez, se

conozcan a sí mismos.

PONENCIA EN LAS 32 JORNADAS DE ENSEÑANTES CON GITANOS, VIGO 2012